

# La librería de París

**Kerri Maher**

**La librería  
de París**

Traducción de **Ana María Martínez**

**Navoia**

**Primera edición**

Febrero de 2022

**Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL**

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

**Dirección editorial** Ernest Folch

**Edición** Xènia Pérez

**Diseño gráfico** Alex Velasco y Gerard Joan

**Maquetación y corrección** Moelmo

**Papel tripa** Oria Ivory

**Tipografías** Heldane y Studio Feixen Sans

**Imagen de la cubierta** Terry Miura

**Distribución en España** UDL Libros

**ISBN** 978-84-19179-01-2

**Depósito Legal** B 20602-2021

**Impresión** Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

**Título original** *The Paris Bookseller*

© Kerri Maher, 2022

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

© de la traducción: Ana María Martínez, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Pour mes amis, *cercanos y lejanos, viejos y nuevos.*  
*Habéis hecho posible esta historia.*

*«París es tan bonito que satisface  
algo en ti que en Estados Unidos  
siempre tiene hambre de más».*

ERNEST HEMINGWAY

## Índice

Primera parte: 1917-1920	9
Segunda parte: 1921-1922	133
Tercera parte: 1925-1931	237
Cuarta parte: 1933-1936	347

# **PRIMERA PARTE**

## **1917-1920**

«La gente famosa no nació así.  
Uno siempre comienza siendo un desconocido».

ADRIENNE MONNIER

## Capítulo 1

Era difícil no sentir que París era *el* lugar.

Sylvia había pasado quince años tratando de regresar, después de que la familia Beach hubiera vivido allí, cuando su padre, Sylvester, era el pastor de la iglesia americana en el Barrio Latino y ella, una adolescente romántica que necesitaba algo más que Balzac o *cassoulet*. Lo que más recordaba de aquella época, lo que llevaba en el corazón cuando tuvo que regresar a Estados Unidos con su familia, era la sensación de que la capital francesa brillaba con más intensidad que cualquier otra ciudad en la que hubiera estado o a la que pudiera ir alguna vez. Era algo más que el parpadeo de las lámparas de gas que la iluminaban después del anochecer, o que la piedra blanca, ineludible y resplandeciente, con la que se había construido gran parte de la ciudad: era el esplendor de la vida que burbujecía en cada fuente, en cada reunión de estudiantes, en cada espectáculo de títeres en los jardines de Luxemburgo y en cada ópera del teatro del Odéon. Era la manera en que su madre chispeaba de vida, leía libros y agasajaba a profesores, políticos y actores, sirviéndoles deliciosos y espléndidos platos a la luz de las velas, en cenas con animados debates sobre libros y acontecimientos mundiales. Eleanor Beach decía a sus tres hijas —Cyprian, Sylvia y Holly— que vivían en un lugar único y maravilloso que cambiaría para siempre el curso de sus vidas.

Nada podía comparársele, ni hacer carteles, telefonar e ir de puerta en puerta con Cyprian, Holly y su madre en representación del Partido Nacional de la Mujer de Nueva York; ni aventurarse sola por Europa; ni deleitarse con los chapiteles y el empedrado de muchas otras ciudades; ni el primer y anhelado beso con su compañera de clase Gemma Bradford; ni ganarse los elogios de los profesores que más le gustaban.

Pero allí se encontraba ahora, viviendo por fin en la ciudad que le había robado el corazón.

Desde la vivienda que compartía con Cyprian en el asombrosamente hermoso, aunque en ruinas, Palacio Real, Sylvia bajó hasta el Pont Neuf y cruzó al otro lado del Sena, respirando el viento procedente del río que azotaba los cortos mechones de pelo en su rostro y amenazaba con apagarle el cigarrillo. Se detuvo en medio del puente para mirar hacia el este y admirar la catedral de Notre Dame, con las torres góticas simétricas que flanqueaban el rosetón y los contrafuertes precariamente refinados, cuya fuerza aún la dejaba atónita: llevaban siglos sosteniendo aquellos gigantescos muros.

Enseguida comenzó a serpentear por las angostas calles del Barrio Latino, que le resultaban familiares de sus vagabundeos adolescentes. Se perdió un poco, pero se alegró porque le dio la oportunidad de admirar la iglesia de Saint-Germain-des-Prés y pedir ayuda a una bonita estudiante francesa que tomaba un *café crème* en una mesa de Les Deux Magots. Por fin se detuvo en el número 7 de la rue de l'Odéon, en el establecimiento de A. Monnier, librería.

La fachada de la pequeña librería de madame Monnier —*ou, peut-être, mademoiselle?*— estaba pintada de un agra-

dable tono gris, con el nombre de la propietaria escrito encima del escaparate con una caligrafía gastada. Sylvia empujó la puerta para abrirla y oyó el alegre tintineo de una campanilla. Entre las estanterías, que llegaban hasta el techo y estaban llenas de libros, había algunas personas leyendo y ojeando los lomos; nadie hablaba, por lo que la estancia estaba tan silenciosa como una iglesia vacía. Sylvia se sintió repentinamente tímida, así que echó un vistazo a su alrededor y dejó las preguntas para después.

Se alegró de haberlo hecho, porque descubrió unas bellas ediciones de sus novelas francesas preferidas, y leyó casi todo un cuento en el último número de *Vers et Prose*. Mientras lo hacía, el local cobró vida a su alrededor. Los clientes compraban y la caja sonaba sin parar, y entraron parejas más habladoras que llenaron de sonidos el lugar.

Sylvia sacó de la estantería el libro que había ido a comprar, junto con la revista en la que se había quedado absorta leyendo, y se dirigió hacia el mostrador con la voluminosa caja registradora de latón, donde una impresionante mujer, que tendría la misma edad que ella, sonreía con unos labios delgados y unos ojos de color azul mediterráneo. El contraste entre su piel, blanca como una paloma, y el pelo azabache hacía casi imposible no mirarla. Sylvia oyó en su mente la voz de Cyprian calificando el atuendo de la mujer como anticuado, con la falda larga hasta los pies y la blusa abotonada hasta arriba, ambas barreras excesivamente modestas para la voluptuosa figura que ocultaban. A ella, en cambio, le gustaba la apariencia de aquella mujer; parecía el tipo de persona con la que se podía hablar. Pero sintió algo más: un impulso incontenible de acariciar aquellas mejillas tan suaves.

—¿Has encontrado... lo que deseaba tu corazón? —le preguntó la mujer en un inglés con mucho acento.

¿*Lo que deseaba mi corazón?* Sylvia sonrió ante el apasionamiento típicamente francés que enmascaraban las sencillas palabras de la mujer. Le contestó en francés:

—Sí, aunque me decepciona que haya sabido que no soy francesa.

Los idiomas eran un regalo para ella: hablaba tres con fluidez. Se alegró de ver que, tan pronto como empezó a hablar, la mujer pareció impresionada por su acento.

—¿De dónde es? —preguntó, esta vez en francés, utilizando el formal *vous*.

—De Estados Unidos. Últimamente de Princeton, Nueva Jersey, cerca de Nueva York. Por cierto, me llamo Sylvia. Sylvia Beach.

La mujer dio una palmada y exclamó:

—*Les États-Unis!* ¡La casa de Benjamin Franklin! ¡Pero si es mi preferido! Soy Adrienne Monnier.

Sylvia se echó a reír: de alguna manera, tenía sentido que aquella chica tan guapa, con ropa pasada de moda, admirara tanto al que también era su padre fundador predilecto. Mademoiselle, desde luego; no tenía nada de madame.

—Encantada de conocerla, mademoiselle Monnier. Su tienda es muy especial. Y a mí también me gusta Ben Franklin —admitió—. Pero ¿ha leído algo de Hawthorne? ¿Y de Thoreau? ¿O quizás *Moby Dick*? Es uno de los libros que más me gustan.

Salieron del local. Sylvia se informó acerca de los autores estadounidenses que habían sido traducidos al francés, y de

lo difícil que era encontrar libros en inglés, incluso en la cosmopolita ciudad de París.

—De cualquier modo —admitió Adrienne con un tímido parpadeo, mirando al suelo—, mi inglés no es lo suficientemente bueno para leer gran literatura en su lengua materna.

—Quizás todavía no —le aseguró Sylvia, sintiendo cómo le latía el corazón y se le ensanchaba dentro del pecho. Ocurría algo más entre ellas, algo que no tenía nada que ver con los libros, estaba segura de ello. Sentía las manos húmedas solo de pensarlo.

—Estás aquí, Adrienne —murmuró una voz melodiosa y encantadora detrás de Sylvia.

Se volvió y vio a una mujer deslumbrante, con una espesa y ondulada melena rojiza, que vestía un conjunto similar al de Adrienne, pero que se ajustaba de una manera completamente diferente a su esbelta figura. Tenía unos dedos largos y delgados que se movían desenfadadamente, como si no estuvieran bajo el control de la mujer que los poseía. Pero, cuando se posaron sobre la mano más pequeña y rellena de Adrienne, Sylvia adivinó la intención y supo de inmediato que las dos mujeres eran amantes.

¡Y ella que pensaba que había estado coqueteando con Adrienne! Ya habían pasado a utilizar el familiar *tu* en lugar del *vous*.

La calidez y la admiración de la sonrisa que Adrienne le regaló a Suzanne, que ahora estaba a su lado, hombro con hombro, abrió una dolorosa fisura en el corazón de Sylvia. Había algo entre aquellas dos mujeres, juntas en aquella librería. Una cosa que ella buscaba desde hacía tiempo, pero que no había sabido que lo deseaba —que lo necesitaba— hasta

que lo vio. ¿Podía hacer que le ocurriese algo así, que le ocurriese a ella? Pero, en realidad, ¿qué era eso? Sylvia se sintió repentinamente desorientada, desequilibrada por el entorno: la tienda, las mujeres, los libros, el murmullo chispeante de los otros clientes.

—Suzanne —dijo Adrienne—, te presento a nuestra nueva amiga, Sylvia Beach, de Estados Unidos. Sylvia, ella es Suzanne Bonnierre, mi socia.

Sylvia extendió la mano con un gesto demasiado efusivo, y a Suzanne le pareció divertido estrechársela.

—Encantada de conocerla, mademoiselle Beach.

—Sylvia, por favor —dijo—. Tenéis una librería estupenda. Es tan acogedora y atractiva... Y solo alberga lo mejor.

Se preguntó por qué Suzanne no formaba parte del nombre de la tienda. Bueno, Monnier y Bonnierre sonaban encantadores, pero, por muy liberales que fuesen en París con aquellos asuntos, supuso que podría haber resultado demasiado obvio. Una noche, Cyprian la había embutido en un traje pantalón y ella misma se había puesto un vestido de lentejuelas; luego se habían envuelto en una capa larga para viajar en metro hasta un bar que acababa de inaugurarse en la rue Edgar-Quinet, donde la totalidad de la clientela eran mujeres y la mitad de ellas llevaban monóculos y polainas. Visto desde fuera, el establecimiento era similar a cualquier otro de la zona, con un pequeño toldo en el que aparecía simplemente la palabra BAR, pero, una vez dentro, la estridente franqueza del local había incomodado a Sylvia. Se había dicho a sí misma que debía relajarse y disfrutar del hecho de vivir en un lugar en el que podía progresar un establecimiento como aquel, en un lugar donde podía ser completamente honesta acerca de

lo que le atraía y donde una mujer con traje de tweed y gorra podía cantar canciones de Billy Murray; incluso estaba protegido por la ley porque las relaciones entre personas del mismo sexo se habían despenalizado durante la Revolución francesa. Pero no le gustaba sentirse como una fruta más en el mercado. La lectora que había en ella prefería la tranquilidad y la sutileza de A. Monnier.

—Vaya, gracias —respondió Suzanne—. Nunca he estado en tu país, pero he escuchado y leído muchas cosas maravillosas sobre él. Ha sido una gran inspiración para Francia, por supuesto.

—Puede que mi país tenga muchas cosas excelentes, pero me alegro de estar aquí —respondió Sylvia. Pensaba en el aumento de la censura en virtud de la ley Comstock y la ley de espionaje, en la larga y precaria lucha por el sufragio femenino y en la escandalosa idea de prohibir el alcohol, que se estaba extendiendo como la pólvora. Daba la impresión de que en Estados Unidos habían arraigado ideas que antes parecían marginales y demasiado excéntricas para tomarlas en serio, mientras que languidecían otras buenas y eficaces que ayudarían al país a avanzar en el nuevo siglo.

—A nosotras también nos alegra que estés aquí —dijo Adrienne sonriendo.

—¡Tienes que venir a la lectura de esta noche! —exclamó Suzanne—. Nuestros queridos amigos Valéry Larbaud y Léon-Paul Fargue estarán aquí. Y Jules Romains. ¿Has leído a estos escritores?

—¡Por supuesto que sí! Sería un honor conocerlos. —La perspectiva también hizo que a Sylvia se le encogiera el estómago. *Jules Romains? Vraiment?* ¿Qué podía decirle ella?

—Vuelve a las ocho. Ya no prestamos atención a los ataques aéreos.

Después de eso, ya no pudo concentrarse en su ensayo sobre España. Sentada en el pequeño escritorio del Palais, no dejaba de percibir el olor a polvo y lavanda que le recordaba a A. Monnier —la librería y la mujer, las dos—, y cada vez que hundía la nariz en las mangas para tratar de encontrar la fuente de aquel aroma, descubría que siempre se le escapaba.

No podía evitar pensar que aquella distracción solo era una señal más de que no estaba destinada a ser escritora, a pesar de que, después de lo que había leído a lo largo de su vida, todos los que la rodeaban, desde sus padres y sus hermanas hasta su mejor amiga, Carlotta Welles, pensaban que lo sería.

—Hay en ti un Walt Whitman —le decía su padre cada vez que llevaba a casa otra nota alta en una redacción escolar—. Estoy seguro de ello.

Pero las redacciones no eran poemas ni novelas. Cuando intentaba escribir poesías o cuentos, todo salía mal. Adoraba a Whitman. Intentar parecerse a él, aunque solo fuese remotamente —o a Kate Chopin o a cualquiera de las hermanas Brontë, por ejemplo—, parecía casi un insulto. No le servía de ayuda que, a medida que se iba haciendo mayor, comenzara a preferir a los escritores que consideraba fieles herederos del legado de Whitman, recitando tan admirablemente sobre ellos mismos y sobre el mundo que a veces, al acabar alguna de sus obras, se quedaba despierta hasta altas horas de la noche preguntándose: *¿Cómo lo consiguen? ¿Cómo pueden llegar tan dentro de mí, asir mi alma y hacerla vibrar de esa manera?* Le había pasado especialmente con *El despertar* de

Chopin y con *Retrato del artista adolescente* de James Joyce. ¡Uy! Solo con pensar en aquellas dos novelas sentía en su interior un hervidero de anhelo, admiración y celos. La exquisita honestidad con la que escribían sobre los cuerpos y sus ansias, y la culpa y las consecuencias de esa necesidad profunda que sentían, sirviéndose de palabras ensartadas en frases inquietantes que encarnaban la naturaleza misma de la confusión interna de los personajes, todo ello la hacía agitarse entre las sábanas.

¿Podría llegar a escribir alguna vez con tanta valentía, sabiendo que su padre, clérigo, a quien quería profundamente, leería cada palabra? Una cosa era que él aceptara tranquilamente su soltería, y tal vez incluso su discreto safismo — porque nunca la había animado a casarse y nunca había cuestionado las amistades femeninas que había tenido, que, al fin y al cabo, habían cubierto todas las posibilidades, desde lo enteramente platónico hasta, en raras ocasiones, lo desgarradoramente íntimo—, pero otra cosa muy diferente sería que escribiese sobre sus deseos con el tipo de honestidad que admiraba en la nueva literatura que empezaba a encontrar en las revistas más progresistas.

¿Sería capaz de escribir sobre sus anhelos más profundos con franqueza, sin traicionarse a sí misma? Podría ayudar a llenar las páginas de su revista preferida, *The Little Review*, que la editora Margaret Anderson se había aventurado a dejar en blanco en 1916: había publicado veintitantas páginas en blanco, y solo un editorial en el que decía que ya no estaba dispuesta a publicar textos que fuesen «bastante buenos»; todo lo que publicara tenía que ser arte de verdad. Arte para rehacer el mundo. Y Sylvia creía con todo su corazón que esa

era la finalidad del arte: crear algo nuevo, provocar cambios, transformar mentes.

Recordó la respuesta de su madre al comentario de su padre sobre Whitman: «O tal vez sea la próxima Elizabeth Cady Stanton». ¿Por qué sus padres tuvieron que elegir zapatos tan grandes para que ella los llenara? ¿Era culpa de ellos que estuviera secretamente celosa del éxito de Cyprian como actriz?

En cierto modo, Cyprian era la razón por la que estaban en París, así que suponía que debía estar agradecida. Su hermana tenía un papel repetitivo en una popular película semanal llamada *Judex*, que era tan conocida que cuando iban juntas por la calle las paraban con frecuencia para pedir autógrafos; de vez en cuando, alguno se lo pedía incluso a ella, suponiendo que sería una actriz prometedora que se había arrimado a la brillante y atractiva estrella. Sylvia suspiraba y pensaba que la relación entre ella y su hermana menor siempre había sido así. Incluso ahora, con treinta años, todavía le irritaba que Cyprian pudiera confiar en su apariencia deslumbrante para llamar la atención, mientras ella se afanaba en bibliotecas y escritorios, esperando que sus palabras y sus ideas pudieran ser descubiertas algún día.

—Siempre son adolescentes y niñas pequeñas —se quejaba Cyprian después de firmar otra servilleta o un posavasos de cartón—. ¿Dónde están los *ducs* y otros admiradores acaudalados?

—Sabes que existen, hermana querida. Son los que te envían Veuve y Pernod al Ritz.

*De todos modos, solo quieres la atención masculina por el estatus en sí.* Cyprian estaba más dispuesta a unirse a un hom-

bre que Sylvia, que había renunciado por completo a la idea del matrimonio, incluso de un matrimonio de conveniencia que pudiera proporcionarle un medio de vida y cierto camuflaje. Unir su identidad con la de un hombre, aunque fuese con uno que prefiriese compartir la cama con otro hombre, no le atraía en absoluto. Además, se había dado cuenta de que unirse significaba casi siempre someterse. Y a pesar de que Sylvia era una de las pocas personas en el mundo que sabía que su hermana prefería el afecto de las mujeres, a Cyprian le gustaba representar papeles que la favoreciesen y le permitiesen comprar vestidos de Chanel y zapatos italianos, para poder satisfacer el gusto por las cosas refinadas heredado de su madre.

—Si consiguiese un papel en una obra de teatro, podrían enviarme flores al camerino —se lamentaba con frecuencia.

Cuando por fin llegó el momento de regresar a la rue de l'Odéon, Sylvia cogió el metro y se pasó media hora caminando por el patio empedrado que había frente al teatro del Odéon, al final de la calle, fumando un cigarrillo tras otro y ensayando posibles temas de conversación con «escritores famosos», antes de que se dijera a sí misma que se estaba comportando como una tonta y decidiera encaminarse hacia la librería de Adrienne.

En el crepúsculo veraniego, la iluminación del local era suave y la conversación animada. Adrienne y Suzanne caminaban de un lado para otro sirviendo bebidas, palmeando espaldas, provocando risas. Especialmente Adrienne: los otros convidados competían por tener la oportunidad de saludarla. Ella, una verdadera Hestia de los libros, estaba inmersa en una conversación profunda y seria con un pequeño grupo de

personas cuando Suzanne presentó a Sylvia a Valéry Larbaud y Jules Romains. Ambos la besaron en las mejillas como si la conocieran desde hace años.

—Monnier nos ha hablado mucho de ti —le informó Romains—. Dice que eres una buena lectora y que te agradan los trascendentalistas estadounidenses. Me pregunto si también te gusta Baudelaire. Es del mismo periodo pero francés.

—Por supuesto. *Les fleurs du mal* ha sido muy importante en ambos lados del Atlántico —respondió, disfrutando al recibir la aprobación del escritor.

Continuaron charlando un rato sobre la literatura del siglo XIX, una conversación que discurrió con fluidez y que condujo a otros temas: novela y poesía recientes, el final de la guerra y las perspectivas de la literatura en Francia.

*¡Vaya! Quizás tanta lectura esté dando frutos finalmente.*

El cosquilleo de una mano tocándole suavemente el codo hizo que Sylvia se sobresaltara y derramara un poco del vino que estaba bebiendo. *Adrienne*. Apartó la mirada de Larbaud y Romains y se volvió hacia su anfitriona, que sonrió y la besó en las mejillas, un saludo al que Sylvia correspondió, aunque con los labios demasiado apretados.

—¿Lo estás pasando bien, amiga? —Luego, sin esperar a que Sylvia respondiera, Adrienne clavó los ojos en los dos hombres y dijo—: Confío en que hayáis recibido bien a nuestra nueva amiga estadounidense.

—Muy bien —se apresuró a asegurar Sylvia.

—Y como de costumbre, Monnier —dijo Larbaud—, has añadido un nuevo tesoro a la riqueza que nos rodea.

Parecía imposible que hablaran de ella. O que hubiese estado tan nerviosa apenas una hora antes. Se sentía como en

casa, como si hubiera frecuentado aquel lugar toda la vida. Y, sin embargo, era tan emocionante como una nueva aventura, como si cayera de cabeza hacia lo desconocido.

—¡No te sonrojes, querida Sylvia! —Adrienne se rio—. Sabía que eras un tesoro desde el primer momento en que te vi.

—Bueno, mi hermana es actriz, así que me temo que me he acostumbrado a que sea ella el tesoro.

—¿Actriz? —Romains arqueó una ceja—. ¿Algo que podamos haber visto?

—*Judex*. Es un serial semanal.

Los dos hombres rieron a carcajadas. El vino que habían consumido les había enrojecido las mejillas.

—No les hagas caso —dijo Adrienne, acariciando juguetonamente el brazo de Romains, que trataba de controlarse—. Son unos esnobs de los peores. A mí me gusta mucho el cine; también algunas obras de teatro. No he visto *Judex*. Quizás deberíamos ir a verla.

Ahí estaba otra vez. El *frisson*, el escalofrío. ¿Por qué los franceses tenían palabras tan extraordinarias para la atracción?

—Iremos. A Cyprian le encantaría.

—A Suzanne también le encantará.

*Suzanne*. ¿Cómo he podido olvidarla?

Y, justamente, allí estaba de nuevo, como convocada por la conversación. Apareció con un beso ligero pero prolongado en la mejilla de Adrienne y un saludo efusivo y familiar a los hombres: recordatorios de que ella era la recién llegada, la forastera; de que, independientemente de la calidez con que la recibiesen, nada de aquello era suyo.

## Capítulo 2

Día tras día se sentía atraída por A. Monnier, como si fuese una sirena.

Los escritores franceses mostraban una profunda curiosidad por los escritores estadounidenses e ingleses que Sylvia había leído, y se encontró prestando sus propios ejemplares de Wordsworth y Whitman, así como números antiguos de *The Dial*, *The Egoist* y *The Little Review* que había comprado en sus últimos viajes a Londres y Nueva York. Escribió a su madre y le pidió que le enviara más volúmenes de la biblioteca que conservaba en la casa de Princeton donde había pasado su infancia.

A veces Cyprian la acompañaba y se mantenían al margen, fumando y susurrando, lo que dio a Sylvia un poco más de confianza con relación a Suzanne, a quien Cyprian se refería —en voz muy baja y solo con Sylvia— como *la crapaudette*, una variación de *crapaud*, sapo. Al principio la había llamado sabandija.

—Pero no lo es —había protestado Sylvia, aunque disfrutaba, con un toque de celos, de las críticas poco caritativas de su hermana—. La librería fue idea tanto de ella como de Adrienne.

—Entonces, ¿por qué su nombre no figura también en el letrero?

—Supongo que porque fueron los padres de Adrienne quienes le dieron el dinero para poder abrirla.

Cyprian negó con la cabeza.

—Te lo aseguro, Sylvia. Detrás de todo esto hay algo más.

Si lo había, nadie hablaba de ello. La historia que circulaba era que las dos mujeres se habían hecho amigas en la escuela, en París, y luego se habían ido a Londres, donde nació la idea de la librería, que habían abierto juntas en 1915. Sylvia no estaba segura de qué envidiaba más de su relación: el agradable trabajo cotidiano, la hermandad de libros o la evidente intimidad física. ¿Cuánto tiempo hacía que Sylvia no se besaba con alguien? Y, aunque había tenido una o dos aventuras románticas de corta duración, nunca había estado realmente enamorada. Nunca había tenido una relación tan estrecha con alguien como la de Adrienne con Suzanne; estaban prácticamente casadas. Tan casadas como podrían estarlo dos mujeres, es cierto. No se besaban en la tienda, pero si a una la invitaban a algún sitio, se daba por supuesto que la otra la acompañaría.

Se odiaba a sí misma por sus celos, sobre todo cuando Suzanne era tan amable con ella. Fue ella precisamente quien las reunió un domingo por la tarde:

—Hoy proyectan *Judex*. Vamos.

Con los bolsillos repletos de regaliz y brandi, ella, Adrienne, Sylvia y Cyprian se habían sentado en la oscura sala y, un poco achispadas, se habían ido impregnando del melodrama. En el intermedio, Suzanne y Cyprian se disculparon para ir al lavabo, y Adrienne se acercó a Sylvia y le dijo:

—Tu hermana es casi tan brillante como tú.

¡Dios mío, el calor que aquellas palabras susurradas al oído produjeron en su pecho!

—Eres muy amable, pero eso es absurdo.

—No todas las estrellas son como la *étoile polaire, chérie*. Algunas son más esquivas, más sutiles. Pero no por ello son menos brillantes ni menos importantes.

—Gracias.

Le habría gustado decirle más cosas a Adrienne: que ella era como el sol, la estrella más brillante de todas, que bañaba a todos con su cálida luz. Pero eso no habría sido apropiado, con Suzanne a punto de regresar del lavabo. Convencida de que se habría sonrojado, Sylvia vislumbró a Cyprian que volvía a su asiento y le dijo a Adrienne que era su turno de ir al lavabo.

Cuando el cuarteto salió pasadas cuatro horas, afuera ya estaba oscuro y Cyprian dijo:

—Bueno, ha sido una tortura, pero gracias por comprar entradas y pagarme el sueldo.

—¡Pero si has actuado maravillosamente! —exclamaron juntas Adrienne y Suzanne, y empezaron a enumerar las escenas en las que aparecía la hermana de Sylvia que más les habían gustado.

—Sois muy amables, pero necesito un trago. ¿Qué tal el local de la rue Edgar-Quinet?

Sylvia se quedó sin aliento y se le apelotonaron los pensamientos: aunque daba por sentado que Adrienne y Suzanne sabían que era lesbiana, nunca se lo había confirmado; estaba claro que su hermana pensaba que sí debía confirmarse porque ninguna de ellas iba vestida de manera apropiada para aquel bar, donde todo el mundo iba con traje o con un vestido de lentejuelas, así que era fácil adivinar lo que pretendía Cyprian.

Sin embargo, ni Suzanne ni Adrienne pestañearon. Con un bostezo teatral, Suzanne dijo:

—Me encantaría tomar un aperitivo en el bar de Lulú, pero eso exige toda una parafernalia y realmente no tengo ganas de cambiarme de ropa. ¿Y vosotras?

—No —dijo rápidamente Sylvia—. Yo también me encuentro demasiado cansada para eso.

Así, la apuesta de Cyprian había funcionado: si había alguna pregunta tácita entre ellas sobre las preferencias sexuales de las demás, ahora ya estaba respondida.

Cyprian, todavía juguetona, frunció el labio inferior y dijo: —Qué aburridas sois.

—Otra noche, *chérie* —replicó Adrienne—. Conozco un lugar muy cerca de aquí donde preparan un excelente *sole meunière*.

—Te tomo la palabra —dijo Cyprian.

Camino del bistró, Cyprian y Suzanne tomaron la delantera mientras, detrás de ellas, Adrienne pasaba el brazo por el de Sylvia, y esta se apoyaba un poco más de lo necesario en el cuerpo generoso y suave de la librera.

Las sirenas de ataque aéreo habían empezado a sonar después de que hubieran retirado las botellas vacías y el revoltillo de sillas que habían dejado los asistentes a una lectura de André Spire, a comienzos del otoño. Como era tradición entre ellas cuando empezaban a sonar las sirenas, Suzanne levantó una botella en la que quedaba un poco de burdeos, la chocó contra otra que estaba cerca y la vació de un trago con entusiasmo.

Tosió. Había estado tosiendo cada vez más, a medida que los días se acortaban y el aire se volvía más frío.

Sylvia se avergonzaba del efecto que producía en ella la tos de Suzanne. La tos y aquellas sombras púrpura, cada vez más oscuras, debajo de los ojos. Nadie lo había dicho, pero Sylvia sospechaba que Suzanne tenía tuberculosis. Tisis. De alguna manera, era la enfermedad perfecta para aquella belleza dickensiana y su igualmente victoriana compañera.

Aunque le avergonzaba admitirlo, incluso ante sí misma, empezó a ir a la librería cuando sabía que Suzanne no estaba: la tos la estaba llevando a echar un *grand petit somme* todas las tardes.

—Vivo más entre libros que entre personas —dijo Adrienne una de aquellas tardes de ocio, mientras Sylvia y ella ordenaban un envío reciente de nuevas novelas.

—¡Sí, yo también! —Se sonrieron la una a la otra en un gesto de reconocimiento mutuo. Fue un enorme alivio escuchar que aquella diosa del Odéon, buscada por tantas mentes deslumbrantes, también prefería la compañía de los libros a la de las personas.

Adrienne echó una mirada al local y, al verlo vacío, fijó aquellos ojos aguamarina en Sylvia y dijo:

—Pero incluso yo necesito de vez en cuando un descanso de los libros. Mira, es casi la hora de cerrar. ¿Qué te parece si echamos un vistazo a las salas impresionistas del Orsay? Hace tiempo que no hago una visita a *Olympia*.

Una hora después estaban ante la *Olympia* de Manet, la prostituta espléndidamente desnuda que las miraba con descaro desde el cuadro.

—Ahí comenzó todo —dijo Adrienne—. Todas las demás pinturas, los Morrirot, los Monet, los Renoir, los Bonnard, los Cézanne. Se lo deben todo a ella.

Sylvia entrecerró los ojos ante aquella figura de alabastro, elaborada con pinceladas sueltas, con la doncella africana sugerida ligeramente en el fondo oscuro y el arreglo de flores que sostenía junto a su señora, realizado con los mismos colores, paradójicamente puros. Sylvia pensó que debería encontrar a *Olympia* excitante, al igual que los primeros espectadores de hacía casi sesenta años, que se habían escandalizado tanto, pero ahora la miraba más bien a través de los ojos apreciativos de Adrienne, y lo que veía era el comienzo mismo del arte moderno, una progresión que seguía evolucionando en las obras de Picasso, Matisse y Man Ray, así como en los escritores que experimentaban con las versiones literarias de las técnicas de los pintores: la preocupación por las propiedades del lenguaje, paralela a la obsesión de los artistas por las propiedades de la pintura; la mutua determinación por representar la «vida moderna», como la había llamado Baudelaire, con todo su esplendor y carácter grotesco. La vida moderna parecía, de hecho, cosa de dioses, como daba a entender el nombre que había dado Manet a su prostituta modelo.

—Debe de ser increíble crecer con todas estas pinturas en tu propia ciudad —comentó Sylvia—. Saber que tu país inició uno de los movimientos artísticos más importantes de los últimos siglos.

Adrienne sacó el labio inferior mientras miraba el cuadro.

—No más que saber que la revolución de tu país inspiró a otros.

La comparación hizo reír a Sylvia.

—Eso es historia antigua. Esto... —señaló el *Olympia*— todavía está sucediendo.

—Roma es historia antigua —dijo Adrienne—. Las revoluciones de Estados Unidos y de Francia ocurrieron ayer mismo. Al menos para un francés. Esta obra se expuso en 1863, menos de un siglo después de vuestra Declaración de Independencia. Y le debe algo a esa declaración. Estoy segura de que, sin la independencia, todo este arte no habría sido posible.

Sylvia suspiró. ¿Había tenido alguna vez una conversación como aquella? ¿Con una mujer hermosa, con una piel, unos ojos y una mente deslumbrantes? ¿En aquella ciudad tan adorable? En aquel momento, todo parecía excesivo. Y, sin embargo, a pesar de la presión que le producía en su interior, quería que continuara para siempre.

Por desgracia, un vigilante se les acercó para avisarles de que el museo cerraría en diez minutos.

—*Adieu, Olympia* —se despidió Adrienne. Luego, apartando por fin los ojos y mirando a Sylvia, añadió—: Y ahora ha llegado el momento de que pruebes el mejor chocolate caliente de París.

*Oh, gracias a Dios; ella tampoco quiere que acabe el día.*  
—Guíame.

—Tienes un grave problema, ¿lo sabes? —dijo Cyprian de camino a casa desde la librería, al cabo de una semana.

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas la tonta; no te conviene. Hablo de Adrienne. No creo que un *ménage à trois* sea tu estilo, hermanita. Tampoco creo que sea el de Suzanne. No estoy tan segura respecto a Adrienne. Parece... imaginativa. Y está claro que su

hermana Rinette se acuesta tanto con Fargue como con su marido.

Sylvia suspiró. No tenía sentido negar nada de lo que decía su hermana.

—Lo sé, lo sé. Yo... —*Me estoy enamorando de Adrienne. Pero espera un momento*—. ¿De verdad crees que Adrienne haría un *ménage à trois*?

Sylvia no quería ni pensar en emparejamientos tan confusos. Había oído historias de lo que sucedía en los pisos del París bohemio, pero aún no había visto ni experimentado nada de eso por sí misma. Y definitivamente no quería pensar en Adrienne de esa manera; por mucho que le doliera, prefería que se mantuviera fiel a Suzanne.

—Adrienne me parece una mujer con ganas de experimentar, que podría aburrirse fácilmente.

—El hecho de que sea una auténtica sibarita, Cyprian, no significa que sea libertina en su vida amorosa. Eso que dices suena peligrosamente al modo de pensar de madame Bovary. —Esperaba que referirse a la novela de Flaubert que menos les gustaba, en la que la protagonista era de una incontinencia unidimensional en todo, desde sus gastos hasta sus hábitos sexuales, simplemente por ser mujer, ayudaría a su hermana a ver que estaba equivocada respecto de Adrienne.

Pero su hermana se limitó a encogerse de hombros.

—Tal vez no.

Cyprian podía ser tan exasperante...

A pesar de todo, Sylvia se alegraba de la compañía habitual de su hermana, mientras trataba de averiguar qué hacer consigo misma. Su ensayo sobre España no iba a ninguna parte

y ya tenía treinta años. Necesitaba un propósito. No podía dedicarse únicamente a ayudar en la librería de Adrienne, sin recibir paga alguna, para siempre. Sobre todo teniendo en cuenta la forma en que se estaban desarrollando sus sentimientos.

Justamente había empezado a desesperarse por su falta de rumbo cuando una idea comenzó a tomar forma en su mente.

Una librería propia.

Un lugar que atraería al mismo tipo de gente que el de Adrienne. Pero a distancia de esa tienda que tanto le gustaba, de esa mujer a la que comenzaba a amar demasiado. Nueva York estaba lo suficientemente lejos para protegerle el corazón.

¡Sí, una librería! Un lugar propio. La idea echó raíces en su interior, y no pudo evitar mencionársela a Adrienne y a Suzanne aquella tarde, mientras se preparaban para una lectura colocando sillas y botellas de vino. Sylvia había intentado encontrar el momento de hablar con Adrienne a solas, pero Suzanne siempre parecía estar cerca.

—He estado pensando en abrir una librería francesa en Estados Unidos —dijo en tono meditativo, tratando de no mostrar demasiado entusiasmo.

—¡Qué idea tan maravillosa! —La exclamación le pasó factura de inmediato a Suzanne, que se encorvó por la tos.

Adrienne corrió a su lado, le puso una mano en el brazo y la otra en la espalda, y frotó en círculos reconfortantes entre los omóplatos.

*¿Qué se sentirá cuando te hacen eso?*

—Es una idea maravillosa —asintió Adrienne con los ojos fijos en Suzanne, que ya se enderezaba—. Pero ¿qué haremos sin ti aquí, en París?

La idea de que pudiesen echarla de menos hizo que el corazón le brincase en el pecho.

—Yo también os extrañaría.

—Pero tu hogar está en Estados Unidos —añadió Adrienne, con (*¿quizás?*) un lamento en su voz.

—No estoy tan segura de eso. Estos últimos meses me he sentido más feliz aquí de lo que puedo expresar.

—Tú también nos has hecho felices.

Más toses, más frotamientos.

A Sylvia le dolía el corazón. *Nueva York*. ¿Estaba lo suficientemente lejos?

Sabía que debía irse de París por el bien de su corazón, pero todavía no estaba preparada para abandonar Europa por completo y empezar a trabajar en su librería de Nueva York, así que, cuando vio el cartel en la oficina de la Cruz Roja solicitando voluntarios para ir a Serbia, la emoción la inundó. Nunca había estado en Belgrado y quería ayudar en el esfuerzo bélico. «La llamada a servir a la patria es tan noble como la llamada de Dios», decía siempre su padre, y ella ya había ayudado antes, en 1916, cuando se había ofrecido como voluntaria a la Francia rural para ayudar a los agricultores a cultivar la tierra. No se trataba de vendar heridas ni de conducir ambulancias, pero era un trabajo duro y gratificante, ese tipo de propósito y de actividad física purificante que anhelaba.

Así, a finales de 1918 se encontró vestida con unos pantalones caqui a casi dos mil kilómetros al este de París, la mochila cargada de tazas de hojalata y unos pocos volúmenes preciados, entre ellos el *Retrato* de Joyce, que últimamente había sentido deseos de releer; encontraba un enorme consuelo en la búsqueda del protagonista de una forma más auténtica de estar en el mundo. Se sentía identificada con Stephen Dedalus en la búsqueda de sentido a través de la investigación intelectual y encontraba, indirectamente, una especie de liberación en su descripción del deseo que, durante algunos momentos misericordiosos, conseguía sosegarle la hiperactividad de la mente. *¿Cómo sería estar tan consumida por la pasión que pudiese olvidar el resto de mis problemas?*

Por el momento, la única manera de conseguir cierto sosiego era centrarse en las necesidades de la gente de las aldeas que rodeaban Belgrado, forzando a su cuerpo a trabajar largas y duras horas. Aunque el armisticio se firmó poco después de su llegada, las minas terrestres continuaban activas y apenas habían cesado las hostilidades entre los dos bandos. Por consiguiente, seguía habiendo escaramuzas que dejaban heridas de bala y metralla que debían ser atendidas, y todos, jóvenes y mayores, necesitaban mantas, ropa, zapatos, jabón y comida. Era enfermera, tía, dispensario, zurcidora de calcetines, lectora de cuentos, escritora de cartas, asidero de manos y cualquier otra cosa que la gente necesitara.

Cada vez que se oía un ruido fuerte, aunque para ella fuera evidente que se trataba de algo tan inofensivo como un portazo o el chisporroteo de un automóvil, notaba que los jóvenes que la rodeaban —ya fuera en camas de hospital, tabernas o mercados— se encogían, hacían una mueca de

dolor o incluso se escondían, agachados, a veces dentro de un cubo de basura volcado, si cabían. Era sorprendente la capacidad que tenían aquellos chicos traumatizados para encajar en cualquier lugar imaginable si se encogían lo suficiente.

Sylvia intentaba no pensar en el hecho de que trabajar con los dedos congelados hacía que la piel de las manos se le agrietara y sangrara, hasta que una amable húngara le dio una lata de ungüento que olía a orina de oveja, pero que le protegía las manos durante los meses más fríos. Casi sin darse cuenta, las tareas se endurecieron de tal manera que tenía que trabajar con el sudor corriéndole por la espalda. Pero agradecía el esfuerzo. Al finalizar el día, encendía una vela y leía en el duro catre. El *Retrato*, sí, pero era con Whitman con quien se dormía la mayoría de las noches. Su querido y muy usado volumen de *Hojas de hierba* era como un libro de oraciones que le brindaba consuelo y compañía. Pero a veces las palabras del poeta también la colmaban de anhelos, como cuando sus ojos se detenían en los versos de «Del dolor de los ríos contenidos»: «Oh, huir tú y yo de los demás, irnos de una vez, libres y sin ley, / Dos halcones que atraviesan el aire, dos peces que nadan en el mar no tienen menos ley que nosotros...». Anhelaba tener su propio halcón sin ley, aunque sabía que Whitman había tenido más de uno. Nunca se había casado ni había tenido una relación estable como la de Adrienne y Suzanne. Estaba claro que había conocido la cercanía íntima y había sentido el impulso de emparejarse. Pero la herencia que había dejado era su poesía, su obra.

La idea de que el trabajo podía ser la gran realización de su vida se apoderó de ella. Pensaba en ello mientras cosía

botones y viajaba en camiones por carreteras polvorientas para entregar latas de comida; le servía también para alejar los pensamientos románticos con Adrienne que se le colaban en la mente. Sin embargo, por mucho que valorara el tipo de trabajo que estaba haciendo en Serbia, no era el trabajo de su vida. Se parecía demasiado a su madre; sentía demasiado afecto por París, por las conversaciones brillantes y las comidas deliciosas. Si alguna vez lo admitiera en voz alta, Cyprian se regocijaría, y no pudo evitar sonreír ante esta idea.

Una librería francesa en Nueva York. *Sí, tenía que ser eso.* A. Monnier le había mostrado que una vida consagrada a los libros y rodeada de ellos era no solo posible sino también digna. En momentos tranquilos o mientras realizaba tareas rutinarias, ordenaba mentalmente los estantes y los muebles de un espacio imaginario. Un pequeño local en una calle arbolada del centro, tal vez en una casa de piedra rojiza, donde pudiera vivir encima de la tienda. Estaría bien iluminada y en los fríos días de invierno serviría té. Organizaría cenas con profesores de literatura francesa de Columbia y Princeton, así como con escritores locales familiarizados con Flaubert y Proust; comerían *sole meunière* y *boeuf bourguignon* y beberían vinos de Borgoña y Burdeos, mientras debatían sobre la nueva literatura y el estado del mundo después de la Gran Guerra. Importantes literatos acudirían a su librería; quizás Margaret Anderson, de *The Little Review*, se convertiría en una cliente habitual. Quizás podría encontrar su propia Suzanne en Nueva York, donde las «compañeras» podían vivir juntas discretamente en Washington Square, sin vecinos que las miraran con recelo. Quizás no necesitaría suspirar

por una causa perdida de cabello negro azabache en el Barrio Latino.

Desafortunadamente, su madre, a quien le encantaba la idea de que su hija abriera una librería francesa y exploraba locales en Manhattan con entusiasmo, le informó de que el asunto se estaba convirtiendo en una búsqueda inútil. En una carta, escribió:

Casi desearía que no hubiera habido armisticio, ya que la guerra, aparentemente, mantenía bajos los precios de los alquileres. Ahora todo el mundo está lleno de optimismo y el dinero corre por la ciudad como el último trago de ginebra legal, haciendo que se inflen los precios de cualquier cosa.

El pesimismo de su madre dejó paralizada a Sylvia un instante, pero no la desanimó. Estaba destinada a abrir una librería. Si no podía ser en Nueva York, quizás lo fuera en Boston. O en Washington. Se negaba a darse por vencida.

Su hermana Holly le escribió una carta en la que le recordaba una noticia excelente y el poder de la perseverancia:

¡El sufragio es ahora la ley del país! ¡Todo por lo que trabajamos! Estoy ansiosa por depositar mi primer voto, y no me importa lo que digan los demás, pero creo que incluso vale la pena que el voto femenino tuviera un precio: la ley seca, que, como sabes, muchas de nuestras hermanas sufragistas apoyaban. A veces, sobre todo al final, pensaba que las mujeres estaban más interesadas en conseguir que sus hombres dejaran de beber que en cambiar el país votando. La mesa de la cocina, al parecer, sigue gobernando la vida de nuestro sexo.

Solo una carta perturbó a Sylvia, y procedía de Adrienne.

Suzanne se ha casado con el hijo de un amigo de su padre que hacía tiempo que estaba enamorado de ella. Bueno, ¿quién no amaría a Suzanne? Son felices, aunque la extrañé durante su viaje de bodas. Pero, por suerte, tan pronto como regresaron a París, ella volvió a la tienda y ahora todo está de nuevo igual que antes.

Sylvia relejó el pasaje tantas veces que las palabras empezaron a flotar delante de sus ojos. Aquel matrimonio debía de ser de conveniencia; no creía que Suzanne fuese como Cyprian, capaz de disfrutar de los placeres masculinos, y nunca había oído comentario alguno de que tuviese un pretendiente. Simplemente no entendía quién ganaba qué. ¿Qué obtenían los novios —por no hablar de la amante de la novia— de esa boda? ¿Tenía algo que ver con la salud de Suzanne? Adrienne no decía nada al respecto y Sylvia no preguntó.

Cuando terminó su contrato con la Cruz Roja, Sylvia supo que era hora de comenzar el siguiente capítulo de su vida. Sin embargo, antes tenía que hacer una parada más en París. La ciudad la llamaba, otra sirena la distraía de la nueva etapa.

Tenía que ser una sirena.

Si no, ¿por qué sonaba como la Penélope de Ulises, una voz amorosa que la llamaba a casa desde el otro lado de la vastedad que las separaba?